

Reencontrar el gusto por el límite (o el derecho a ser imperfecto)

Ricardo Peter

*“Quien quiere el summum bonum introduce
también con esto el summum malum”
(Paul Watzlawick).*

Según el Génesis, estamos profundamente marcados por el límite. Este sería el sentido del relato de la tentación y de la caída. Poco después de la oda de la creación, las cosas se complicaron. Pero fíjense bien: no porque Dios impuso que no se comiera del árbol que está en medio del jardín (cualquier licenciado en pedagogía conoce la receta de que si se prohíbe se desobedece) sino porque el hombre se tomó al pie de la letra la promesa de la serpiente. Apenas acaba de nacer, recién despertado a la vida, y ya siente el impulso, por curiosidad, por imprudencia o por rebeldía, a abandonar sus límites.

La vida pudo haber sido diferente, pero no fue así. La vida tomó otro rumbo. Ese día, sin embargo, a raíz de la desobediencia el hombre no sólo contabilizó pérdidas, sino que obtuvo también ciertas ganancias.

Anotemos primero las pérdidas. Teológicamente la más grande de todas las pérdidas no tiene que ver con la muerte. Aun antes del pecado el hombre era mortal, había sido formado con polvo del suelo, *adámah*, (Gen. 2, 7) de donde deriva el nombre de Adán. El precio del pecado no fue pues la mortalidad.

El día de la gran desobediencia no fue creada la muerte, sino la impermanencia: todo tiene ahora un punto de partida o de despedida. La desobediencia ha introducido la impermanencia de la naturaleza humana. En otras palabras, el luto crónico, pues todo lo perdemos. Desde que nacemos contabilizamos puras pérdidas. Paso a paso, la vida nos va privando de todo lo que poseemos y la vida entera se va menoscabando o dañando.

Pero el efecto más grave de la desobediencia de Adán, que en la Biblia se escribe con el artículo, para significar el Hombre en general, un nombre colectivo, tiene que ver con la relación del hombre consigo mismo: el hombre que antes del pecado vivía en paz con sus propios límites, ahora congenia mal con ellos. Rompió con su condición finita. Más que enemigo de Dios, porque Dios no tiene enemigos, el hombre se volvió enemigo de sí mismo: *Homo homini lupus est*, señala el comediógrafo Plauto en el *Anfitrión*.

La pérdida fue doble pero la verdad es que ambas pérdidas podemos reducir las a una sola: al trastorno de la relación del hombre con el límite. En eso

consistió precisamente la condena: en la perversión (del latín *perversus*, invertir, tomar otro sentido) de la relación del hombre con su finitud. El hombre desconoció sus límites y sus límites se volvieron contra el hombre. Tal vez en esto consista el paraíso perdido: en la ruptura entre el hombre y sus límites.

Pero a este propósito, es interesante observar, que el primer extravío del hombre con respecto a sí mismo es consecuencia de la búsqueda de la perfección. El hombre se encontró totalmente impotente a raíz de querer ser totalmente potente. La idea de ser como Dios, insinuada por la serpiente, caracteriza lo que el manual psiquiátrico norteamericano de desordenes mentales califica como trastorno obsesivo compulsivo de la personalidad y la Terapia de la Imperfección, tal vez más atinadamente, define como pérdida del sentido de orientación. Así la pasa, de hecho, el perfeccionista: desorientado de su propia realidad limitada.

En el Génesis todo esto es expresado de manera lírica, con tono solemne, pero tan severamente que después de leer el pasaje de la caída quedamos desconcertados, atónitos, de la sentencia que dispara Dios contra el hombre. Desde este punto de vista, la inclemencia de los dioses de Homero parece irrisoria al lado del encono del Dios de nuestros mayores.

Pero la desobediencia no sumó sólo pérdidas, sino también ganancias. Es hora entonces de preguntarnos: ¿qué hemos “ganado” con la pérdida del paraíso? La apertura de los ojos y darnos cuenta de que estábamos desnudos. Nos parecerá poco, pero en realidad es mucho. Hemos ganado en conocimiento. Sin embargo, ¿en qué consiste ese conocimiento que, según la opinión de la serpiente, confina con la sabiduría divina?

Por lo pronto, la conciencia se ha despabilado, se ha vuelto lúcida, perspicaz y penetrante. Por ahora, la raza humana no solo es conocedora del bien y del mal. Posee un conocimiento mucho más valioso todavía que nos desplaza de la animalidad a la humanidad.

El hombre que vivía extasiado en el Paraíso, paseando en medio de árboles deleitosos, rodeado de toda clase de especies, que se entretenía labrando la tierra, alimentándose con peces y aves, y que pasaba sus jornadas nombrando y cazando animales tenía todo para ser feliz, pero era un hombre desconocedor de su real condición humana.

Su problema tal vez era no tener ningún problema. Era un hombre que se confundía con los demás animales; un doctorado en ingenuidad pues ni siquiera sabía que estaba desnudo, algo que a todos nos parece tan obvio. Embaucado, además, por un animal a quien había dado fácilmente su confianza. Que razón tenía Shakespeare al decir que “la confianza es el mayor enemigo de los mortales”. Evidentemente, creer en la ilusión de poder ser como Dios sólo revela la ignorancia del hombre del abismo ontológico que lo separa de Dios. “Seréis como dioses” es no sólo la más burda de todas las mentiras, sino que es, simultáneamente, la campeona de todas las bromas. Tenemos la impresión de que nuestro padre Adán era el paladín de la bobería y el cabecilla del idealismo filosófico.

Pero aquí está el progreso: la conciencia de su desnudez es sobre todo *conciencia de la necesidad*, de la cual el hombre carecía antes de desobedecer. El hombre no sabía que era indigente, al desobedecer, lo supo.

De aquí que saberse desnudo fue una conquista antropológica. El hombre que sale del Paraíso tiene el privilegio de saber de su indigencia, conocimiento del que Dios no goza. Digámoslo así: expatriarse del paraíso nos volvió modernos, es decir, extraviados y complicados, por una parte, pero, por otra, humanos.

En la visión bíblica del castigo la única merecedora de la maldición de Dios fue la serpiente, no el hombre, ni la pareja. Dios maldijo la proposición de la serpiente: la utopía de ser perfectos. De donde podemos deducir que la calidad de ser hombre, o sea la capacidad de fallar, el error y el fracaso no rompen la relación del hombre con Dios. El oficio de ser falible, que es una forma de ser humano, no implica la enemistad con Dios.

El error ha sido pues didáctico para el hombre. Ha establecido su realidad. La sabiduría de la vida nos vino con el fracaso. De aquí, entonces que nada sea de mayor valor que la humanidad vulnerable que hemos recibido de nuestros irresponsables padres.

Tan pronto como el hombre se sabe indigente entra en el dominio de lo específicamente humano. Las constantes antropológicas que manifiesta el hombre, como su capacidad de decidir (y no sólo de limitarse a dar nombres a los animales), de relacionarse consigo mismo, de comunicar y de intimar con los demás, se fundan en su propia indigencia. La indigencia revela lo humano del hombre.

Por su condición indigente es posible hablar del mundo del hombre como de un mundo abierto. La indigencia equivale a trascendencia. La indigencia, en otras palabras, abre al hombre a múltiples actividades, ambientes, relaciones, sentidos y significados. La indigencia o, mejor dicho, la conciencia de su ser necesitado, favorece que el hombre se dedique a diferentes quehaceres y actividades.

Es cierto que la indigencia es, por una parte, la responsable de que el mundo esté estructurado imperfectamente, pero, por otra, es la mecha de la creatividad, de la experiencia, de la salida de sí, de la búsqueda, del encuentro y del diálogo con el otro o con el Otro Totalmente Diverso. La indigencia es la fuente de una variable muy conocida por todos: la infinita inconclusión.

Dichosamente para nosotros nada nos puede apagar: ni el éxito desbordante, ni el poder inconmensurado, ni la riqueza desmedida. En otras palabras: nada nos puede cerrar o clausurar la existencia. El hombre es indigente y debido a la indigencia, el fenómeno de la inconclusión humana rompe todos los tabiques. En realidad, el deseo infinito es sólo la manera como topamos con nuestra indigencia. El deseo infinito no es, por tanto, la negación de nuestros límites, sino su afirmación.

Si nos preguntáramos entonces qué pudo conferirnos el derecho a ser imperfectos, la respuesta inequívoca sería la desobediencia. Por aquí principia

la emancipación del mundo animal. Con ella el hombre verifica que es humano. Pero “la tragedia de los humanos, dice María Zambrano, es no poder vivir sin dioses”. El viejo peligro de “ser como dioses” quedó anidado en el corazón del hombre. En lo más íntimo y encubierto de su ser, el hombre aspira secretamente a ser como Dios o, incluso, a eliminarlo para no tener otro dios fuera de sí mismo.

El entusiasmo del hombre por la perfección da origen no sólo a un trastorno tan profundo que deteriora al hombre en su núcleo, sino que de aquí brota la crueldad del hombre consigo mismo y con sus semejantes. Todas las atrocidades históricas, todos los sufrimientos inflingidos, todas las inquisiciones y todos los instrumentos de tortura con que el hombre se ha embriagado, las formas monstruosas de prejuicios a nuestros semejantes, todas las formas de autorechazo o de rechazo, denuncian el olvido de la indigencia humana, verdadero parentesco entre los hombres. De aquí que algo peor que el ateísmo, la negación de Dios, sea la negación del hombre: “La pregunta no es si Dios existe sino si existimos nosotros”.¹

Sin embargo, el proceso real por el cual el hombre llega a producirse como ser humano está enlazado íntimamente a la indigencia. Su reconocimiento y su aceptación nos otorga la licencia de ser humanos y la tranquilidad de renunciar al empeño y al delirio de ser perfectos o superhombres.

El derecho a ser imperfectos nos permite reencontrar el gusto por nuestros límites, lo más esencial al hombre, capaz de volvernos indigentes satisfechos de ser indigentes.

¹ Del film: *El tren de la vida* de Radu Mihaileanu (Rumanía/Francia, 1998).